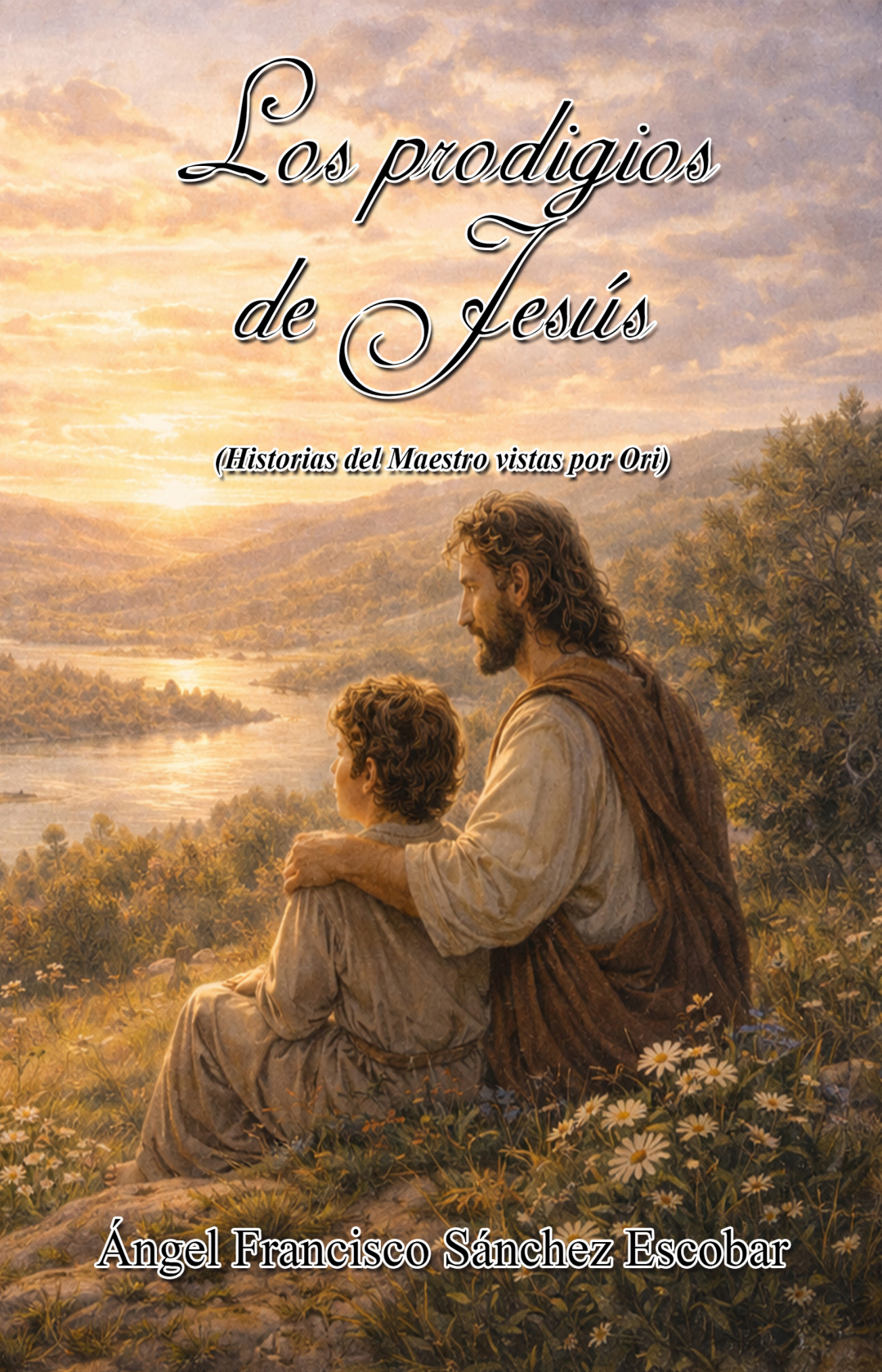
Los prodigios de Jesús

(Historias del Maestro vistas por Ori)



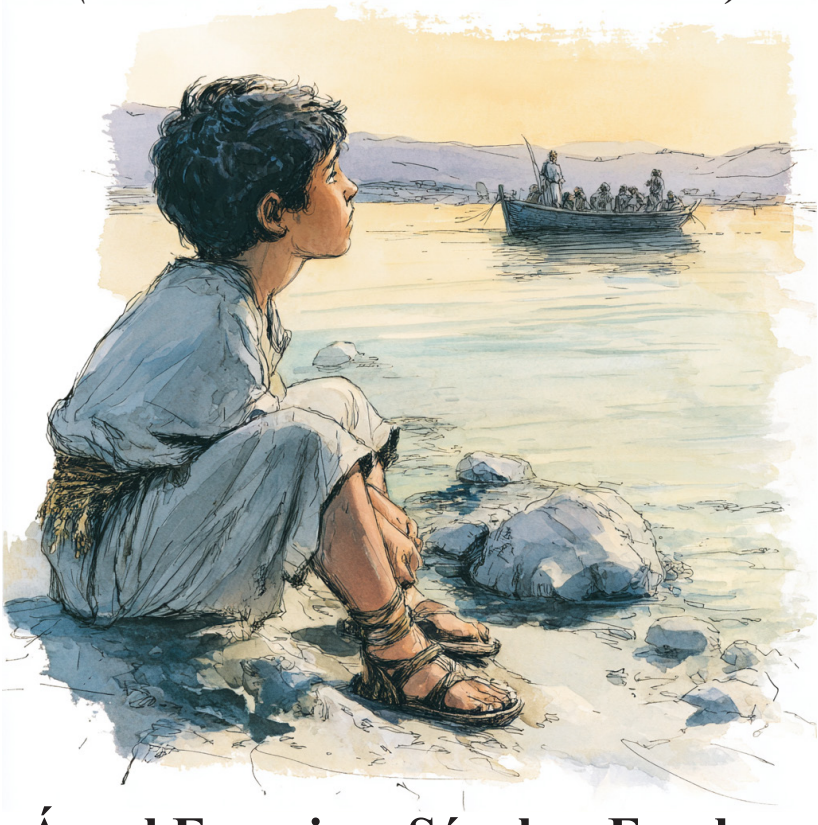
Ángel Francisco Sánchez Escobar

Los prodigios de Jesús

(Historias del Maestro vistas por Ori)

Los prodigios de Jesús

(Historias del Maestro vistas por Ori)



Ángel Francisco Sánchez Escobar

@Ángel Francisco Sánchez Escobar
Semíramis Publicaciones, 2026
Maquetación y diseño de interior: Beatrice - Servicios Editoriales
Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción, transmisión o almacenaje de cualquier parte de este libro de manera o medio alguno, sin previa autorización del autor, exceptuando el uso de citas breves para reseñas periodísticas.
El autor ha hecho todo el esfuerzo para asegurarse de que la información de este libro sea exacta y completa.

Índice

La mano encogida.....**9**

El paralítico.....**15**

La tempestad calmada.....**21**

El que empezó a ver.....**27**

La mujer que toca el manto.....**31**

El leproso.....**35**

El epiléptico.....**39**

Jairo y su hija.....**43**

Los panes.....**47**

La curación al atardecer.....**51**

La mano encogida

Ori no estaba delante. Estaba un poco a un lado, donde se ponen los niños cuando no quieren estorbar pero tampoco perderse nada.

Había mucha gente. Algunos hablaban todos a la vez, como si el ruido pudiera protegerlos. Otros miraban al suelo, con los pies quietos, como si el suelo supiera algo que ellos no.

Entonces Ori vio al hombre. No parecía enfermo como en los cuentos. No gritaba. No lloraba. No pedía nada.

Estaba de pie, sin moverse demasiado. Tenía las manos quietas, como si se le hubieran olvidado. No las escondía, pero tampoco las ofrecía. No le servían para nada. No podía trabajar ni recoger frutas de los árboles. No podía señalar, ni agarrar, ni bendecir a nadie.

Ori pensó que debía ser muy cansado llevar las manos así, como si siempre fueran un recuerdo.



Jesús se acercó despacio. No lo hizo para que todos lo vieran. No empujó a nadie. No dijo nada al principio. Solo lo miró. No fue una mirada rápida. Fue una de esas miradas que se quedan, como si buscaran algo que todavía no se ve.

Ori pensó que iba a tocarle las manos. Pero no. Jesús dijo una frase muy corta. Tan corta que Ori casi no la oyó. No parecía una orden. Parecía una invitación.

Y entonces pasó algo raro. El hombre bajó la cabeza.

Miró sus propias manos, como si no las reconociera. Las abrió. Las cerró. Al principio no sonrió. Primero se quedó quieto, como cuando uno no se atreve a creer algo bueno por si se rompe.

Luego las movió otra vez. Más seguro. Más despacio.

El aire cambió. No se notaba, pero estaba ahí. La gente empezó a hablar. Algunos se enfadaron, como si aquel movimiento les hubiera quitado algo. Otros se quedaron callados, con los ojos muy abiertos.

Ori miró a Jesús. Jesús ya estaba caminando, como si no necesitara quedarse para comprobar nada.


בית הכנסת

Ori no entendió cómo había pasado. Ni por qué algunos estaban contentos y otros no. Ni por qué una cosa tan pequeña podía molestar tanto.

Pero pensó una cosa, muy bajito, para no olvidarla:

"Quizá hay cosas que solo se despiertan cuando alguien te mira de verdad".

El paralítico

No podía levantarse. No porque no quisiera, sino porque su cuerpo no le obedecía. Pasaba los días mirando el techo. A veces contaba las grietas. Otras veces escuchaba los pasos de la gente que iba y venía, y pensaba cómo sería volver a caminar entre ellos.

No estaba solo. Tenía amigos. Ellos venían a verlo cada día. Le hablaban de lo que pasaba fuera: del polvo del camino, del mercado, de un maestro que enseñaba cosas distintas. Un día llegaron agitados, con los ojos brillantes.

—Está aquí —dijeron—. Está enseñando en una casa cercana. No podía levantarse. No porque no quisiera, sino porque su cuerpo no le obedecía. Pasaba los días mirando el techo. A veces contaba las grietas. Otras veces escuchaba los pasos de la gente que iba y venía, y pensaba cómo sería volver a caminar entre ellos.

No estaba solo. Tenía amigos. Ellos venían a verlo cada día. Le hablaban de lo que pasaba fuera: del polvo del camino, del mercado, de un maestro que enseñaba cosas distintas. Un día llegaron agitados, con los ojos brillantes.



—Está aquí —dijeron—. Está enseñando en una casa cercana.

El hombre los miró sin moverse. Sabía lo que venía después. Siempre pasaba lo mismo cuando hablaban de curaciones. Primero la esperanza. Luego el silencio.

—Llévanos —dijo por fin.

No preguntó cómo. No preguntó si había sitio. Sus amigos tampoco. Doblaron la manta con cuidado, como si su cuerpo fuera algo frágil pero importante.

Cuando llegaron, no pudieron entrar. Había demasiada gente. Demasiadas voces. Demasiadas ganas.

Ori estaba cerca de la puerta. Vio cómo miraban el techo. No era un techo especial. Solo un techo.

Subieron despacio. Quitaron lo justo. Nada más. El polvo cayó primero. Luego la luz.

Luego el hombre, bajando muy lento, como si el aire lo sostuviera un poco.

Jesús dejó de hablar. No se molestó.

Sonrió apenas.

—Levántate —dijo.



No gritó. No hizo un gesto grande. El hombre se quedó quieto. Como si esa palabra tuviera que atravesarlo entero. Después apoyó una mano. Luego la otra.

Ori vio algo raro: nadie aplaudió al principio. Primero hubo silencio. Luego pasos.

El hombre caminó. No rápido. No perfecto. Caminó como aprende a caminar alguien que vuelve a empezar.

Ori pensó: "A veces no es el cuerpo el que no se mueve, sino la idea de que no se puede.

El hombre los miró sin moverse. Sabía lo que venía después. Siempre pasaba lo mismo cuando hablaban de curaciones. Primero la esperanza. Luego el silencio.

—Llévanos —dijo por fin.

No preguntó cómo. No preguntó si había sitio. Sus amigos tampoco. Doblaron la manta con cuidado, como si su cuerpo fuera algo frágil pero importante.

Cuando llegaron, no pudieron entrar. Había demasiada gente. Demasiadas voces. Demasiadas ganas.

Ori estaba cerca de la puerta. Vio cómo miraban el techo. No era un techo especial. Solo un techo.

Subieron despacio. Quitaron lo justo. Nada más. El polvo cayó primero. Luego la luz. Luego el hombre, bajando muy lento, como si el aire lo sostuviera un poco.

Jesús dejó de hablar. No se molestó. Sonrió apenas.

—Levántate —dijo.

No gritó. No hizo un gesto grande. El hombre se quedó quieto. Como si esa palabra tuviera que atravesarlo entero. Después apoyó una mano. Luego la otra.

Ori vio algo raro: nadie aplaudió al principio. Primero hubo silencio. Luego pasos.

El hombre caminó. No rápido. No perfecto. Caminó como aprende a caminar alguien que vuelve a empezar.

Ori pensó: “A veces no es el cuerpo el que no se mueve, sino la idea de que no se puede.

La tempestad calmada

El lago estaba tranquilo cuando subieron a la barca. El agua se movía despacio, como si respirara. Ori se sentó cerca de la borda. Metió la mano y dejó que el agua le mojara los dedos. Le gustaba ese sonido, ese vaivén suave que hacía pensar que todo estaba en su sitio.

Los hombres hablaban poco. Remaban sin prisa. El cielo aún era claro. Pero el viento cambia sin avisar. Primero fue un soplo. Luego otro, más largo. Después, uno que ya no parecía un juego.

Las olas empezaron a golpear la madera, una tras otra, como si el lago hubiera decidido despertarse de golpe. La barca crujió, no como se queja algo viejo, sino como se queja algo que aguanta.



Ori retiró la mano del agua. De pronto, ya no parecía un juego. El viento empujaba sin preguntar. El cielo se cerró. El agua entraba por los bordes y corría por el suelo de la barca, como si quisiera ocuparlo todo.

Algunos gritaron. Otros remaron más fuerte. Nadie miraba ya el horizonte. Jesús dormía. No fingía. Dormía de verdad.

Años después, uno de nosotros lo recordó con vergüenza. No porque Jesús durmiera, sino porque nosotros habíamos olvidado dónde estábamos. El lago de Galilea siempre fue así. Traicionero. Capaz de cambiar en un instante.

Habíamos navegado mil veces esas aguas y, aun así, aquella noche el miedo nos tomó por sorpresa. Lo despertamos.

No porque la tormenta fuera distinta de otras, sino porque nosotros éramos más pequeños de lo que creíamos. Jesús se incorporó despacio. No miró al cielo como quien desafía. Miró el lago como quien reconoce algo conocido.

No levantó la voz. No hizo un gesto grande.

Habló. No para mandar, sino como se habla a algo que ya está siguiendo su curso. El viento empezó



a ceder. No de golpe. No como si alguien lo hubiera empujado hacia atrás.

Simplemente pasó. Como pasan las cosas cuando ya han hecho lo que tenían que hacer.

El lago volvió a respirar. Mucho tiempo después entendimos que no fue un milagro. No se rompió ninguna ley. No se detuvo nada que no pudiera detenerse. El lago hizo lo que siempre hace. El viento también. Lo que cambió fuimos nosotros. Aprendimos que el miedo exagera, que la noche confunde, y que no todo lo que se calma lo hace porque alguien lo ordena.

A veces, la naturaleza sigue su camino, y nosotros aprendemos a no creerla enemiga. Ori nunca supo todo esto. Solo recordó el ruido, el agua, y el silencio que vino después.

Y quizá eso fue suficiente.

El que empezó a ver

No veía como los demás. El mundo llegaba hasta él en sonidos, en pasos, en voces que se acercaban y se alejaban.

Sabía cuándo alguien estaba triste por cómo respiraba. Sabía cuándo el sol estaba alto por el calor en la cara. Las cosas estaban ahí, pero no tenían forma.

Solo estaban. Ori se sentó a su lado un rato, sin decir nada. Aprendió que también se puede mirar con el oído y con las manos quietas. Se oyó un paso distinto. No más fuerte. No más claro. Más lento. Alguien se detuvo frente a él.



No pasó de largo. El hombre levantó un poco la cabeza. No preguntó quién era. Esperó.

Jesús no dijo nada al principio. Se sentó cerca, lo bastante cerca como para compartir la sombra. El viento movía el polvo del camino. El hombre sintió que ese polvo ya no le molestaba.

—¿Qué ves? —preguntó Jesús al cabo de un rato.

El hombre sonrió apenas.

—Veo voces. Veo pasos. Veo calor.

Jesús asintió, como si eso fuera suficiente. Como si ya fuera mucho.

Pasó un momento largo. De esos que no se miden. Jesús se inclinó un poco hacia él. No lo tocó todavía.

—¿Quieres ver? —preguntó entonces.

El hombre tardó en responder.

Ori pensó que nadie le había preguntado eso nunca. Siempre le habían dicho lo que no podía. Nunca lo que deseaba.

—No lo sé —dijo al fin—. A veces, cuando algo cambia, se pierde otra cosa.

Jesús no respondió enseguida. Le tocó los ojos con cuidado, como quien no quiere romper nada.



—Mira —dijo.

Al principio fue confuso. Demasiada luz. Demasiado todo. Sombras que se movían. Colores sin nombre. Formas que no sabía dónde poner.

El hombre parpadeó. Llevó una mano al pecho.

—Veo… —dijo, sin acabar la frase.

Se quedó callado. Parpadeó otra vez.

—Veo cosas.

No lloró. Rió un poco. Como alguien sorprendido de seguir vivo. Miró alrededor, como si el mundo hubiera llegado antes que él. Luego miró a Ori.

—Tú estabas antes —dijo.

Ori asintió.

Jesús ya se había apartado un poco, como si no necesitara quedarse para comprobar nada.

Más tarde, cuando caminaron de nuevo, el hombre iba despacio. Se detenía a menudo. No miraba para llegar, miraba para aprender.

La mujer que toca el manto

La gente apretaba. No por empujar, sino porque nadie quería perderse nada. Ori caminaba cerca de Jesús. No delante. A un lado, como siempre.

Oyó toses. Susurros. El roce de las telas. La mujer no gritó. No pidió paso. No dijo su nombre. Llevaba años así. Aprendiendo a no ocupar sitio. A no llamar la atención. A moverse como si el cuerpo fuera algo que estorba.

Había probado todo. Manos ajenas. Palabras largas. Promesas. Su cuerpo sangraba desde hacía años, y con él se le iba la fuerza, la voz y el lugar entre los demás. Nada había cambiado.

Cuando oyó hablar de Jesús, no pensó en milagros.. Pensó en cercanía.

No quería ser vista. No quería detener a nadie. Solo tocar. Ori la vio pasar. No supo por qué se fijó en ella. Quizá porque caminaba distinta. Como si cada paso pidiera perdón.



Jesús avanzaba despacio. El manto rozaba el polvo del camino. La mujer estiró la mano. Solo un poco. Lo justo. No agarró. No tiró. Tocó. Nada más.

No cayó al suelo. No gritó. No levantó los brazos. Solo se detuvo. Como si algo dentro hubiera dejado de doler antes de entender por qué.

Jesús también se detuvo.

—Alguien me ha tocado —dijo.

Los demás miraron alrededor. Todos tocaban. Todos rozaban. Ori miró la mano de la mujer. La tenía quieta, como si no se atreviera a retirarla del todo.

Ella dio un paso atrás. Luego otro. Pero Jesús no siguió caminando.

—¿Quién ha sido? —preguntó, sin prisa.

La mujer volvió. No porque la llamaran. Porque ya no podía esconderse. Se arrodilló. No para suplicar. Para contar la verdad.

Habló deprisa. Como si temiera quedarse sin voz. Jesús no la interrumpió. Cuando terminó, él se inclinó un poco hacia ella.

—Tu fe te ha salvado —dijo.

No dijo: yo te he curado.

No dijo: has hecho bien.

Dijo: tu fe.

Ori pensó que aquella mujer no había robado nada. Solo había confiado lo último que le quedaba. La mujer se fue despacio. No miró atrás.

Jesús retomó el camino. Ori se quedó pensando en algo que no supo decir: “Que a veces la fe no grita, no espera turno, no entiende. A veces solo toca y se queda quieta”.

El leproso

No sabía si podía acercarse.

Eso lo había aprendido bien: algunas distancias no se cruzan.

La gente lo veía venir y se apartaba sin decir nada. No por maldad. Por costumbre. El cuerpo enfermo enseña a los demás a retroceder. Él ya no lo tomaba como un insulto. Era solo la manera en que el mundo se protegía.

Ori caminaba un poco detrás. No delante. Nunca delante.

Vio al hombre detenerse en mitad de la calle estrecha. No gritó. No corrió. Se arrodilló como quien ya no espera sitio, pero todavía espera respuesta.

Ori pensó que aquel gesto era extraño.

No pedía curarse. Pedía poder quedarse.

Jesús no dio un paso atrás.

El aire cambió. No se notaba, pero estaba ahí. Como cuando alguien decide algo sin decirlo. Jesús miró al hombre. No miró la piel primero. Miró los ojos. Miró lo que aún seguía vivo.

Ori sintió una inquietud rara.

Sabía que había cosas que no se tocaban. Se lo habían repetido siempre. Había cuerpos que se evitaban. Manos que no debían acercarse.

Jesús extendió la suya.

No fue un gesto rápido. Tampoco solemne. Fue natural. Como si esa mano no supiera retroceder. El hombre cerró los ojos antes del contacto, no por miedo, sino por costumbre.



Ori se dio cuenta de algo importante: antes de que pasara nada, ya había pasado.

Jesús no dijo muchas palabras. No hacía falta. El toque no fue una recompensa. Fue una respuesta. Como si alguien hubiera dicho por fin: tú también puedes estar aquí.

Después, todo ocurrió como ocurre lo visible.

Pero Ori solo recordó ese instante anterior, cuando nadie sabía todavía cómo acabaría.

Y pensó, sin atreverse a decirlo en voz alta:

Hay milagros que empiezan cuando alguien no se aparta".

El epiléptico

Ori no entendió al principio qué estaba pasando.

Solo oyó un golpe seco, luego un grito que no parecía una palabra. El cuerpo del hombre cayó al suelo como caen las cosas cuando nadie las sostiene.

Algunos se apartaron. Otros se acercaron demasiado. Siempre pasa así cuando el miedo no sabe dónde ponerse.

Ori se quedó quieto.

Había aprendido que hay dolores que no se miran de frente. No porque den asco, sino porque no quieren público.

El hombre temblaba. Su voz salía rota, como si viniera de un sitio donde él no estaba del todo. Ori pensó que debía de ser agotador que el propio cuerpo se vuelva contra uno.

Jesús no alzó la voz.

No hizo ningún gesto grande.

No habló al temblor, ni al grito, ni al miedo de los demás. Se acercó al hombre como quien reconoce algo frágil, no peligroso.

Ori miró alrededor. Nadie sabía qué hacer.

Eso también lo había aprendido: cuando algo no se entiende, se le pone nombre para poder soportarlo.

Jesús tomó al joven de la mano.



No fue una orden.

Fue una llamada corta, como se despierta a alguien que está atrapado en un mal sueño.

Poco a poco, el ruido se retiró.

No de golpe. No como si alguien lo hubiera expulsado. Simplemente se fue, dejando detrás un cansancio hondo.

Ori se dio cuenta de que el verdadero silencio no llegó cuando el cuerpo dejó de moverse, sino cuando los demás dejaron de tener miedo.

Y pensó, sin saber aún ponerlo en palabras:

“Quizá hay dolores que no se curan primero en el cuerpo, sino en la mirada de quienes los rodean”.

Jairo y su hija

La casa se había quedado en silencio.

No el silencio de antes, el que pesa.

Este era distinto. Un silencio que respira despacio, como cuando el miedo se ha ido pero aún no se atreve a marcharse del todo.

Ori se quedó cerca de la puerta. No entró del todo.

Había aprendido que hay habitaciones que no son para todos, aunque uno esté invitado.



La niña estaba sentada en la cama. No hablaba mucho. Miraba alrededor como si todo hubiera vuelto antes que ella. La madre no dejaba de tocarle el pelo, una y otra vez, como si contara con los dedos cada segundo recuperado. Jairo no lloraba. Tenía los ojos cerrados. Quizá estaba dando gracias sin palabras.

Jesús no ocupaba el centro.

Se había sentado a un lado, como quien sabe que ya no hace falta quedarse.

Ori pensó en la carrera, en la prisa, en el camino interrumpido. En cómo el miedo había llegado antes que todos. En cómo había una noticia que casi lo detuvo todo.

Pero también pensó en otra cosa: que no todo llega cuando uno lo pide, y que a veces lo más difícil no es creer… sino seguir caminando cuando parece que ya es tarde.

La niña miró a Jesús un instante.

No como se mira a alguien importante.

Lo miró como se mira a alguien que te ha devuelto algo que no sabías cómo nombrar.

Jesús se levantó despacio. Dijo pocas cosas. Las justas.

Pidió que le dieran de comer.

Ori sonrió sin darse cuenta.

Le pareció que eso era lo más importante de todo.

Cuando salieron de la casa, la noche seguía siendo noche.

Las estrellas no habían cambiado de sitio.

El mundo seguía igual.

Pero Ori entendió algo que no olvidaría:

Hay milagros que no hacen ruido.

Solo devuelven a alguien a la mesa.

Los panes

Ori llevaba rato mirando la cesta.

No porque tuviera hambre, sino porque era pequeña.

Había visto muchas cestas en su vida, y sabía cuándo algo alcanza y cuándo no. Aquella no parecía suficiente ni para empezar.

La gente se sentaba en el suelo sin protestar. Algunos hablaban entre ellos. Otros miraban el horizonte, como si la tarde pudiera traer una solución escondida. Nadie se levantaba. Nadie se iba.

Ori pensó que eso era extraño.

Cuando algo falta, la gente suele marcharse antes de que se note demasiado.

Jesús miraba a la multitud como se mira algo que importa.

No con prisa. No contando. No calculando.

Ori oyó hablar de dinero, de tiendas, de caminos largos. Oyó palabras grandes para explicar una cosa sencilla: no basta.

Entonces vio al muchacho.

No era especial. No destacaba. Solo estaba allí,

con su comida envuelta como siempre, esperando que alguien decidiera qué hacer.

Ori pensó que dar aquello era una idea absurda.

No resolvía nada. No alcanzaba. No cambiaba el problema.

Jesús pidió que se sentaran.

Eso fue lo primero que le llamó la atención a Ori.

No pidió más comida.

No pidió orden.

Pidió que se sentaran.



La hierba estaba fresca. El día empezaba a cansarse.

Ori sintió que algo se detenía, como cuando uno deja de correr aunque no sepa aún por qué.

Jesús tomó el pan como se toma algo frágil.

No lo levantó. No lo mostró. No lo explicó.

Dio gracias.

Ori no entendió eso.

Dar gracias antes de saber si alcanza.

El pan empezó a pasar de mano en mano.

No más rápido. No distinto.

Simplemente pasó.

Ori miraba los rostros.

Nadie gritaba. Nadie corría. Nadie guardaba.

Comían despacio, como quien no quiere que se acabe.

Y, cuando ya nadie pensaba en contar, alguien dijo que sobraba.

Ori se quedó mirando las cestas llenas al final.

No supo en qué momento había cambiado todo.

Solo pensó una cosa, muy bajito:

Quizá el milagro no fue que hubiera más pan… sino que nadie tuvo miedo de que faltara.

La curación al atardecer

El sol empezó a bajar sin hacer ruido.

No fue de golpe. Primero cambió el color de las piedras, luego el de las caras. El día se cansaba como se cansan los cuerpos: despacio.

Ori estaba sentado en el suelo. Tenía las piernas llenas de polvo y la cabeza llena de nombres que no había podido aprender. Habían llegado muchos. Más de los que se pueden contar sin perderse. Algunos caminaban solos. Otros venían sostenidos. Otros venían llevados.

No todos hablaban. No todos pedían. Jesús estaba allí desde antes de que el sol se fuera.

No de pie todo el tiempo. No siempre hablando. A veces solo escuchaba. A veces solo tocaba. A veces se quedaba callado, como si también necesitara saber qué dolía antes de hacer nada.

Ori vio manos cansadas. Vio cuerpos que ya no esperaban gran cosa. Vio a otros que solo querían llegar antes de que oscureciera.

Cuando el sol terminó de esconderse, la gente seguía allí. Nadie dio una orden. Nadie dijo “basta”.

Ori pensó que aquello no se parecía a los milagros de los que hablaban los mayores.

No hubo gritos.

No hubo celebración.

Solo personas que, una a una, dejaban de doler un poco.

Jesús parecía más cansado que todos.

No triste.

Cansado de verdad.



Ori entendió entonces algo importante: que curar no siempre es hacer desaparecer el dolor, sino quedarse el tiempo suficiente para que no esté solo.

Cuando la noche cayó del todo, algunos se fueron despacio. Otros se quedaron un poco más, como si no supieran aún cómo marcharse. Jesús miró alrededor. No para contar. Para despedirse.

Ori se levantó y lo siguió.

No porque pasara algo más.

Sino porque ya había pasado suficiente.

Y mientras caminaban, pensó:

Quizá no todos los días se llenan de milagros, pero hay días que se vacían de miedo.

Y eso, al final, también cura.